

Historia Fantástica de la Guerra de Troya

Una novela libremente basada en la Iliada de Homero

Dionigi Cristian Lentini



Dionigi Cristian Lentini

Historia Fantástica De

La Guerra De Troya

Аннотация

ROMANCE PARA JÓVENES... y no tanto.

La fascinante epopeya histórico-mitológica, con su enorme carga de dolor y muerte, sólo toma el comienzo de un triángulo amoroso cuyos lados son: Helena, "femme fatale" ante litteram de la leyenda homérica; París, héroe del clásico encanto viril; Menelao, pálido soberano de Esparta, agobiado por el continuo enfrentamiento con su valiente hermano Agamenón.

La fascinante epopeya histórico-mitológica, con su enorme carga de dolor y muerte, sólo toma el comienzo de un triángulo amoroso cuyos lados son: Helena, "femme fatale" ante litteram de la leyenda homérica; París, héroe del clásico encanto viril; Menelao, pálido soberano de Esparta, agobiado por el continuo enfrentamiento con su valiente hermano Agamenón. El encuentro entre estos personajes activa un destino lleno de patetismo: París, hijo del rey Príamo y locamente enamorado de Helena, huye con ella; Menelao, ya casado con Helena, cegado por los celos y el deseo de venganza, declarará la guerra a Troya y comenzará una ruinoso tragedia que durará diez años. Alrededor de este núcleo central, un sinfín de eventos conectados por el Destino invisible cobrarán vida, ahora enredados y ahora

disolviéndose: insondable y misterioso, verdadero deus ex machina de la mitología griega, el Destino, con su determinismo absoluto, incluso supera la voluntad de los dioses. En esta versión ficticia de la epopeya troyana, el autor parece saber ya que el lector permanecerá, a pesar de él mismo, atrapado por la trama y que, como los niños frente a un cuento de hadas, al final de cada capítulo preguntará con una curiosidad irrefrenable: "¿Y después qué?".

EDICIÓN REVISADA Y CORREGIDA

@ 2019

- HISTORIA FANTÁSTICA DE LA GUERRA DE TROYA

por Dionigi Cristian Lentini

Traducción de Claudio Valerio Gaetani



Copyright @ 2020 - Dionigi Cristian Lentini

A mi padre por haberme

transmitido el amor

hacia la mitología clásica

HISTORIA FANTÁSTICA DE LA GUERRA DE TROYA

Una novela libremente basada en la Ilíada de Homero

1 Prefacio.

por la Dra. Consiglia Mosca

E

n un libro publicado hace dos años, titulado "Triángulos

"Diabólicos", una investigación sobre un arquetipo de maldad, está escrito entre otras cosas:

"Los celos son un sentimiento omnipresente. Además, es una de las principales declinatorias del alma humana, que se encuentra desde los albores del tiempo y está sustancialmente alejada de los preconceptos históricos y sociales. No es una coincidencia que la mitología clásica lo haya representado y tipificado".

Y más tarde ese concepto se define con más precisión:

"En el mito [...], los celos son la comadrona de la tragedia y de la sangre."

Damos por sentado aquí que este sentimiento, siempre susceptible a las desviaciones alarmantes, representa la otra cara del amor: tanto el uno como el otro estado del alma, impulsan las acciones de los hombres y, en el interior del mito, también aquellas de los mismos Dioses.

La guerra de Troya, con su enorme carga de dolor y muerte, toma sólo el comienzo de un triángulo amoroso cuyos extremos son: Helena, "femme fatale" ante litteram de la leyenda homérica; Paris, héroe con un clásico encanto viril; Menelao, pálido soberano de Esparta, agobiado por el continuo enfrentamiento con su valiente hermano Agamenón.

El encuentro entre estos personajes activa un destino lleno de pathos: Paris, hijo del rey Príamo y perdidamente enamorado de Helena, huye con ella; Menelao, ya marido de Helena, cegado por los celos y la sed de venganza, declarará la guerra a Troya y

comenzará una ruinoso tragedia que durará diez años.

Alrededor de este núcleo, cobrarán vida, ahora enredándose ahora disolviéndose, infinitos eventos conectados por el Destino invisible: insondable y misterioso, verdadero deus ex machina de la mitología griega, el Destino excede, con su absoluto determinismo, incluso la voluntad de los dioses.

Al igual que en la Ilíada, a la que se refiere el escrito de Cristian, todos los mitos de la antigüedad, lejos de proponer una historia inventada, cumplían la misma función que hoy en día asume la psicoanálisis. Densa de simbolismo, de hecho, el mito excavó profundamente en el alma de los hombres, haciéndolos conscientes de sus impulsos ocultos y liberándolos de la esclavitud de lo desconocido.

El triángulo amoroso constituye, por tanto, la dinámica subyacente - él, ella y el otro - sobre la que se imponen infinitas variaciones, en función de un escenario espacio-temporal que no se repite nunca en sus manifestaciones fundamentales. Y esto ocurre tanto en la vida real como en la re-propuesta artística, especialmente en el teatro, el cine y la literatura.

La historia de Helena, Paris y Menelao, por lo tanto, representa "un arquetipo", un modelo primario recurrente en la compleja lógica de los sentimientos humanos. Hasta el punto de ser considerado el arquetipo absoluto del mal.

Nada extraño entonces si el complot homérico, a pesar del paso de enteros siglos, regresa cada vez para conquistar e involucrar.

Hace unas semanas, de repente, este escrito tan fluido y cautivador de Cristian, me impulsó a volver al placer perdido de "escuchar relatos", esa actitud infantil ancestral de seguir historias míticas, desde la narración fantástica de mis abuelos hasta las tramas cautivadoras de cuentos de hadas y leyendas.

Empecé a leer y seguí hasta el final, todo de una sola vez, deteniéndome a menudo en las páginas porque, todo el tiempo, los nombres y las situaciones estaban vinculados a innumerables detalles que habían estado sumergidos durante mucho tiempo en mi abarrotada memoria. Las vagas sinapsis recobraron vida, lo que me llevó a lecturas que parecían olvidadas.

Así que volví con alegría a los años de la escuela secundaria, cuando entre los estudiantes se hacían bromas, riéndose de los intrincados e improbables acontecimientos de esta ruidosa reunión, formada por personajes y divinidades que, entre mezquindad y pasiones, a menudo tocaban el encanto de la locura.

Incluso, encarcelados a pesar de nosotros mismos entre libros y viejos escritorios, nunca hubiéramos admitido entonces que, después de todo, esas vicisitudes eran fascinantes para nosotros. Podría haber sucedido que, cuando la lección terminara, todavía tuviéramos la fuerte curiosidad de saber como habría continuado esa historia, con la que estábamos tratando por puro tarea escolar.

Tienen razón quienes sostienen que el poema homérico no es más que el resultado armonioso y poético de una tradición

transmitida oralmente: los conflictos y situaciones que se relatan en él son demasiado cercanos a nuestra existencia terrenal.

Con esta versión ficticia de la epopeya troyana, parece que Cristian está guiñando el ojo entre lo atractivo y lo divertido. Una especie de juego... casi una apuesta.

Parece saber ya que el lector permanecerá, a pesar de él mismo, atrapado por la trama y que, como los niños ante un cuento de hadas, al final de cada capítulo preguntará con una curiosidad irrefrenable:

"¿Y luego qué?"

Consiglia Mosca

Mottola, 10 Junio 2009

1 Prólogo.

E

n una época en que los hombres, los dioses y los héroes eran los únicos verdaderos amos de su tiempo, tejiendo sus vidas, confundiendo su trabajo, asimilando y compartiendo sus sentimientos, el Destino revivió, como ya lo había hecho millones de veces, como lo hace todos los días a pesar de nuestra inconsciencia y como lo hará hasta el último día de la existencia humana, la crónica histórica, fantástica y sobre todo íntima que con la acción extraordinaria, la dinámica narrativa, la trama épica, las implicaciones psicológicas, los valores eternos e indelebles, ha inspirado, marcado y condicionado el curso natural de la historia.

1 Prometeo, la boda de Tetis y Peleo y la manzana de la discordia.

T

odo comenzó en una alegre mañana de primavera... En las montañas de Tesalia surgió el sol de la mañana tan esperado por los mortales e inmortales.

Por fin las alas divinas de HHermes, dios de la fortuna y los viajes y mensajero de los dioses, descansaban exhaustas en un cómodo asiento de ebonita, después de haber entregado la feliz invitación en cada rincón de la creación. Mientras tanto, el pequeño Eros, dios del amor, se aprovechó de ello jugando con el caduceo, mientras esperaba para golpear a los dos jóvenes con sus flechas. El mundo celebró la fiesta de bodas de Tetís y Peleo.

Tetís, o Tethys, era la más bella de las cincuenta ninfas hijas de Nereus, el antiguo dios en las profundidades del océano. Su juventud y sus modales embrujadores también habían hecho perder la cabeza al padre de los dioses, dios del cielo y la tierra, Zeus. Aunque ya estaba casado con su hermana Hera, diosa de la abundancia, solía darse el gusto de hacer escapadas con las doncellas más bellas del mundo.

Había sucedido que, justo cuando Zeus, disfrazado, estaba a punto de aparearse con Thetis, el oportuno HHermes llegó, trayendo a su padre una carta urgente: el titán Prometeo, durante años encadenado por Zeus en un acantilado del Cáucaso por robar el fuego divino y dárselo a los hombres, tenía algo que informar que si se ignoraba habría hecho que el dios supremo

perdiera el trono y la primacía en el Olimpo.

Así, el divino seductor bajó como un rayo de Prometeo y le prometió poner fin al encarcelamiento y al atroz tormento al que estaba condenado si éste le revelaba inmediatamente lo que atacaba su trono y se preocupaba siempre por su sueño. Y mientras hacía su solemne juramento, una enorme, majestuosa e impresionante águila voló por el aire, y con sus garras se lanzó contra un buitre que mientras tanto venía del este. Esa sombría ave devoró el hígado del pobre Prometeo durante todo el día, abandonando a su víctima en las horas nocturnas, durante las cuales el órgano abdominal, por voluntad divina, se recomponía fatal y cruelmente, listo para ser devorado al siguiente día. Ese fue el infinito tormento decidido por el padre de los dioses.

Sólo después de que el pico del rapaz cayera al suelo y el águila volviera a los pies de su señor, Prometeo levantó su cansada cabeza, y mientras una ligera llovizna mojaba sus áridos labios, aceptó el compromiso dictado por su verdugo, revelando que si Zeus hubiera concebido un hijo con Tetis, le habría hecho a su padre lo que su padre le había hecho a su abuelo.

Ante tal advertencia, el padre de los dioses se asombró, el cielo tronó, un rayo desgarró la tierra y las aguas desbordantes del Ponto le recordaron a Zeus la forma cruel en que en las nieblas del tiempo había matado a su padre Cronos, expulsándolo del trono de los tronos.

Prometeo fue inmediatamente liberado y Zeus renunció a Tetis para siempre, dictaminando que ningún ser de naturaleza

divina podría unirse a la hija de Nereus, que se casaría con un humilde mortal, el más fuerte de los príncipes entonces vivos, con Peleo, hijo de Eac, rey de Tesalia, Aquel que, después de mil vicisitudes, había logrado la hazaña del Vello de Oro en el séquito de Jasón y los otros cincuenta y cuatro argonautas, aquel que había sido entrenado por el centauro Chirón, aquel que, aunque mortal, podría haber luchado como un dios, aquel que, devoto de Zeus, velaría por su futura esposa día y noche a costa de su propia vida.

Por eso, a pesar de la naturaleza heterogénea de los novios, la boda que se preparaba era tan bendecida por los hombres como por los dioses, por eso los testigos de la boda eran el mismo Hera y Zeus y por eso los dioses y las divinidades de todas las partes de la Tierra, el mar y el cielo acudieron en masa al monte Pelión para celebrar el sensacional acontecimiento.

Finalmente, escoltados por el carro de oro de Apolo, llegaron los novios y, en medio de mil festividades, ocuparon su lugar en el centro de la mesa con los más exquisitos manjares de la tierra; inmediatamente a su lado se sentaron los testigos divinos y luego Poseidón, dios del mar, Hades, dios del inframundo, su esposa Perséfone, diosa de la frondosidad primaveral y estival, y Apolo, dios del sol y las artes, y Ares, dios de la guerra, y Atenea, diosa de la sabiduría y la fortaleza, y Afrodita, diosa de la belleza, y Artemisa, diosa de la caza, y de nuevo Hermes, Deméter, diosa de la cosecha y la fertilidad de la tierra, Hefesto, dios del fuego y el trabajo, Temis, diosa de la justicia, Irene, diosa de la paz,

Eolo, dios de los vientos, Dionisio, dios del vino y el juego, etc. etc, con todos los gobernantes y notables de la Tierra.

Todo estaba cuidadosamente preparado hasta el más mínimo detalle, todo era perfecto, de hecho divino, la felicidad era claramente visible a los ojos de todos los invitados y el amor en el de los novios, incluso antes de que Eros sacara su arco y les arrojara las flechas fatales.

Un olor a néctar y ambrosía embriagaba y se esparcía por el aire cuando los dos coperos, Ganimedes, hijo del rey Troo, y Hebe, diosa de la juventud, se turnaban para servir a todos los invitados.

Apolo, exhortado por su padre, llamó a las Musas (Célio, Euterpe, Talía, Melpómeno, Tersícore, Erato, Polimnia, Calíope y Urania), más las Gracias (Aglaia, Eufrosina y la otra Talía) y comenzó, acompañado de la cítara, a cantar las hazañas de Peleo.

El sonido de ese instrumento divino encantó a todos los presentes y resonó por toda la Tierra hasta que fue escuchado por los sordos y la muy fea Iris, diosa de la discordia, la única deidad que no fue invitada al banquete. El día anterior, había intentado entrar en la reunión divina, pero fue escoltada por Eros y Dionisio, que se habían emboscado con las Nereidas y las Oceaninas sin el conocimiento de Poseidón.

Ares, también, quien, después de haber discutido con Irene y Afrodita, notó esa sombra sospechosa y, agarrándola por la garganta, hizo que la diosa indeseada se desplomara por todo el lado occidental del Monte Pelión, ordenándole que nunca

volviera.

Pero el canto de Apolo y los gritos festivos de los participantes aumentaron la ira y la indignación de Iris hasta tal punto que ideó un plan diabólico con las consecuencias más inesperadas e impredecibles...

La discordia llegó a los confines de la Tierra, donde Atlas, hermano de Prometeo, había sido relegado a sostener la bóveda del cielo, culpable de haber participado en la guerra de los Gigantes contra Zeus. En el jardín de las Hespérides, hijas de Atlas, crecían los árboles de doradas manzanas; Iris tomó la más bella manzana y con ella regresó inmediatamente a Tesalia.

Llegó al banquete cuando las festividades estaban por terminar y los invitados, uno por uno, mostraban los regalos que habían traído a los novios: Poseidón le dio a Peleo dos hermosos caballos, Balio y Xanto, los caballos más veloces del mundo, dotados de magia y clarividencia, Hera le dio a Thetis un magnífico peplum bordado, Afrodita le ofreció una copa de bronce y una diadema dorada, Atenea una flauta dorada, HHermes un carro de bronce y marfil, Chitón una pesada lanza con la punta de bronce.

Así que, mientras todos admiraban los rasgos de esos maravillosos regalos, Iris se las arregló para meterse en el festín y esconderse en un rincón oscuro donde nadie podía verla, pero lo suficientemente cerca como para tirar sobre la mesa, ahora casi despejada, la "manzana de la discordia" que acababa de robar a las hijas de Atlas.

Aunque no estaba muy lúcido por las noventa y nueve onzas de vino que se bebieron en la competición con Dionisio, Zeus fue el primero en notar la manzana; conocía bien esas frutas y, antes de que todos los demás miraran inevitablemente esa extraordinaria fruta, dijo: "¡es del jardín de las Hespérides!

De repente todos, incluidos los novios, fueron capturados por esa manzana que sobresalía en medio de la mesa y alguien asumió que era otro regalo para esa inolvidable boda.

Zeus también notó que en esa fruta había una inscripción, pero el vino asimilado le impidió distinguir bien las letras y por eso envió la manzana a Atenea, la más erudita de los dioses, pidiéndole que leyera la inscripción para todos. Atenea no dudó en leer el curioso mensaje: "A la más bella", devolviendo el fruto a su padre para que decidiera a quién hacérsela llegar.

Estaba segura de que su marido no tenía dudas, ni siquiera le costó mucho presentar sus razones como novia y primera diosa para poder tomar ese extraordinario regalo. Inmediatamente después, Afrodita intervino, recordándole a Zeus que no era casualidad que tuviera el título de diosa de la belleza. Finalmente, otras diosas y ninfas se presentaron, todas con argumentos razonables, pero al final la tercera candidata se reunió alrededor de Atenea que, además de un físico estatuario, también presumía de una indiscutible belleza interior e intelectual.

En tal contienda, incluso Zeus manifestó su vergüenza, y cuando el murmullo creció fuera de toda proporción hasta que se convirtió en una disputa, emitió un grito tan poderoso como

cien rayos, silenciando a todos. Irato y tambaleante se alejó unos pasos del banquete, dejando a Temi, diosa de la justicia, la carga de la elección.

Temi, a su vez, después de convencer a todos de que cada uno tenía sus buenas razones y que ninguno de los presentes era capaz de juzgar objetivamente porque, quien por una razón, quien por otra, emocionalmente involucrado, desde lo alto de la tarea recibida, sentenció: "La elección será hecha por Paris del monte Ida, el que será el más bello entre los hombres."

Sólo entonces, Zeus, que no podía esperar para despejar la resaca que tenía, expresó su aprobación paternal de lo que se había sentenciado y decretó que el asunto quedara definitivamente cerrado.

Así que, después de varios años, cuando Paris alcanzó la cima de la belleza juvenil, las tres diosas candidatas, precedidas por HHermes, partieron hacia el Monte Ida.

1 El juicio de Paris y el regreso a Troya.

D

urante el viaje Afrodita, sin que las otras diosas lo supieran, logró seducir a HHermes y capturar de él el secreto de París, revelado esa noche al dios por su hijo Pan: el joven pastor era en realidad Alejandro, príncipe de Troya, hijo de Príamo y Hécuba. Fue abandonado al nacer en el Monte Ida por sus padres, porque un adivino les había profetizado que este hijo sería la causa de la caída de todo el reino de Troya. El Rey Príamo, incapaz de causar la muerte de su hijo, ordenó que se le dejara en esa montaña

conocida por todos por los duros inviernos y la presencia de bestias feroces.

El pequeño bebé, enviado a una muerte segura, fue amamantado y protegido por un gran oso y más tarde cuidado y criado fuerte y hermoso por una familia de pastores que, siguiendo al oso, había descubierto su guarida y accidentalmente también la cesta del recién nacido.

Cuando HHermes y las tres diosas vinieron de París, se paró a la sombra de un roble tocando su fístula de siete tubos, mirando con satisfacción a su rebaño, sin darse cuenta de la increíble visita.

Cuando se presentó ante el joven, comenzó diciendo que, como era su privilegio dispensar riqueza y poder a los mortales, si hubiera recibido ese premio habría hecho de París el más rico y poderoso de los hombres.

Atenea, en cambio, a cambio de la manzana ofreció inteligencia, sabiduría y valor en la vida y la guerra.

Finalmente apareció Afrodita, más bella que nunca; ella explicó a París que él ya poseía todo lo que sus competidores le ofrecían, pues de hecho ya era hijo de un padre rico y poderoso, y en su naturaleza ya existían todos los carismas prometidos, y que pronto se le revelaría su noble origen. Afrodita, en cambio, le habría ofrecido el amor de la más bella mujer mortal, a cuya mirada ningún hombre podría resistirse.

París abrió los ojos entreabiertos, vio con su mente la riqueza y el poder, quedó fascinado por la suma de la sabiduría, pero

a imagen de Helena, la mujer prometida por Afrodita, no pudo dejar de enamorarse al instante y todo lo demás se disolvió como las nubes con el sol; abrió los ojos y, ya cegado por el amor, sin dudar entregó la manzana en manos de Afrodita, sin importarle la indignación y las amenazas de Hera y Atenea, a las que, derrotadas, hice caso omiso.

HHermes corrió inmediatamente a informar a Zeus de la elección de París, mientras que Afrodita prometió al joven pastor que pronto conocería su noble linaje y su amor; sin embargo, tendría que correr para recuperar la túnica que envolvía su cuerpo infantil en la cesta y partir cuanto antes hacia Ilio, la espléndida capital también llamada Troya; allí se uniría a los juegos del reino para lo cual se agarraba el gordo toro que días antes los soldados del rey habían confiscado del ganado de lo que su padre creía.

París, embrujada y soñadora, obedeció sin demora y, con una cruda lanza, un arco y su fístula característica, llegó finalmente a Troya, la "ciudad de las murallas doradas". Se erigió en una agradable colina entre el Hellespont y el Mar Egeo. Al pie de la colina fluían dos ríos, el Scamander al oeste y el Simoenta al norte.

Allí, con Afrodita a su lado, venció, uno tras otro, a todos los participantes del torneo, bajo la mirada de los gobernantes y del Príncipe Héctor, el más fuerte y valiente héroe troyano.

En el momento de la ceremonia de entrega, el ganador se acercó al palco real para recibir la investidura y la bendición de Príamo, pero cuando estaba a unos diez pasos del asiento del

rey, la princesa Casandra emitió un grito de desdicha; Príamo y su dama se congelaron, reconociendo sólo en ese momento la ropa que ese joven llevaba puesta; Sólo entonces se dieron cuenta de que el maltrecho pastor del monte Ida, armado con armas humildes pero capaz de vencer a todos los nobles troyanos más fuertes, sólo podía ser su amado hijo Alejandro, abandonado entre lágrimas veinte años antes.

En Troya fue una fiesta por otros 7 días y 7 noches y, a pesar de la envidia inicial y del sordo rencor que le guardaban sus cincuenta hermanos, doce hermanas y jóvenes nobles troyanos, París pronto pudo ser apreciada y amada por todos, especialmente por Héctor, su hermano mayor. Sólo Casandra siguió desconfiando de él y maldiciéndolo en cada oportunidad de reunirse, instando repetidamente a su padre y a su pueblo a desterrarle de la ciudad antes de que se cumpliera la fatal profecía: Troya sería destruida y su familia exterminada en las llamas. Casandra, de hecho, a una edad temprana, por negarse a corresponder al amor del dios Apolo, fue condenada por voluntad divina a no ser nunca creída en las profecías que su amante divino le inspiró. La infeliz princesa fue capaz de predecir todas las desgracias que puntualmente ocurrieron a su pueblo, pero cada vez nadie confió en ella o le dio fe; por el contrario, todos la evitaron y la consideraron poco sensata.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.